



Arxiu històric FUNDACIÓ JAUME BOFILL

Foro sobre el hecho religioso

Joan Estruch

SETEMBRE 1984

FUNDACIÓ
Fundació
JAUME
Jaume
BOFILL
Bofill



FORO SOBRE EL HECHO RELIGIOSO

Madrid, Septiembre 1984

F A N A T I S M O =====

Joan Estruch

Es la segunda vez que recibo la invitación de hablar ante ustedes en este Foro, lo cual es reincidencia, y es la segunda vez que acepto, lo cual es probablemente, mucho me temo, alevosía. En ambas ocasiones ha sido acompañando a Don Miguel Benzo; lo cual ya es casualidad, pues no me atrevo, ni tengo razones para ello, a sospechar en los organizadores del Foro una voluntad deliberada de proporcionarle a Don Miguel malas compañías (*). En ambas ocasiones también, el hecho de que decidieran acudir a mí me sumió en una perplejidad, que para sí la quisiera el Padre Llanos. Pues si en la primera oportunidad mis ideas sobre el tema eran - y así lo advertí al comenzar mi intervención - pocas, pero confusas, esta vez, y para no repetirme palabra por palabra, habría de decir aquello de que yo, sobre el fanatismo, sólo sé que no sé nada, nada de nada, y aun de esto no puedo estar completamente seguro.

(*) Una nota a pie de página, puesta aquí, habría de decir: "y en ambas ocasiones he hablado yo, pero a partir de una reflexión y de largas discusiones con mi compañero S. Cardús".

(Como observarán, por lo menos mi tono inicial es relativamente poco fanático.) De suerte que si al Foro del año pasado, al que en el último momento me vi impedido de asistir, hastiado ya de tanta ética cívica y tanta conferencia cuaresmal socialista, iba dispuesto a formularme en voz alta, entre ustedes, la pregunta: "¿Qué hace un estudioso de la religión como tú en un Foro como éste?", éste va a ser precisamente el único interrogante que no voy a plantear en voz alta este año. Y no voy a hacerlo, porque un día que me lo formulé a solas, por lo bajito, la respuesta surgió espontánea: "Seguramente, el ridículo". Y el miedo al ridículo, señores, aunque esto dicho aquí, ahora, antes de entrar propiamente en materia, pueda parecer sorprendente, el miedo al ridículo tiene bastante que ver con el fenómeno del fanatismo: es una de las razones por las cuales muchos de nosotros, más o menos conscientemente, queremos creer que aborrecemos el fanatismo.

Pero no adelantemos acontecimientos, y vayamos por orden. Decía hace un momento que hay un único interrogante que no voy a plantear. Pero por lo demás, en efecto, todo cuanto van a encontrar ustedes en esta ponencia van a ser interrogantes. Y es que si en honor a la verdad he de decir que nada sé de si sé nada del fanatismo, en honor a la lógica convendrán ustedes conmigo que no me puedo permitir a su respecto afirmación rotunda alguna. Sino interrogantes. Sólo interrogantes. Para preguntar-les y para preguntar-me. (Y, por favor, en bien de todos, no para que mañana en los grupos los quieran contestar todos!)

Con tanto interrogante, por otra parte, no hago en definitiva más que proseguir con la que ha sido la tónica dominante a lo largo de la gestación de este Foro. En verano recibí un primer esquema de la ponencia de Miguel Benzo, que llevaba por título, "Fanatismo y religión: once

preguntas". Y los papeles de la convocatoria que previamente nos había mandado a todos Caffarena estaban asimismo llenos de interrogantes. ¿Qué tienen en común los fanatismos religiosos y los no religiosos? ¿Qué hay de particularmente religioso en el fanatismo? O, si se quiere, ¿qué hay de particularmente fanático en la religión? ¿Qué relaciones habría entre fanatismo y monoteísmo? ¿Entre fanatismo y visiones apocalípticas? En todo ello, ¿actúa la religión como variable dependiente o independiente? Al mismo tiempo, sin embargo, junto a todos esos interrogantes se perfilan unas hipótesis, o casi mejor unos postulados, que convendría que no diéramos demasiado fácilmente por supuestos. Esos postulados, a nivel explícito, me parecen ser los dos siguientes: primero, estamos asistiendo hoy a un cierto renacimiento del fanatismo; y segundo, fanatismo se contrapone a tolerancia. Y subyacente a ellos hay un presupuesto, implícito esta vez, y que acaso tendamos todos a compartir un tanto irreflexivamente: a saber, que eso del fanatismo está muy feo, y que lo civilizado, lo moderno, lo propio de una sociedad como la nuestra, es ser tolerante y mostrarse contrario al fanatismo. Y no es que yo vaya a pretender ahora lo contrario. No es que me proponga hacer un elogio de la intolerancia y del fanatismo. Pero sí pienso que si lo que pretendemos es llegar a comprender un poco mejor el fenómeno, y la forma como nos afecta, en vez de tomarlo como pretexto para dedicarnos al deporte favorito de la caza, lo primero que debemos hacer es poner entre interrogantes nuestros propios postulados y supuestos previos. En otras palabras, y a partir de un ejemplo concreto, que puede ilustrar mejor mi intención: Comentando este verano el tema con un amigo, a quien le mostraba los papeles del Foro, me decía: si hiciéramos de todo ello una interpretación abusiva, basada en la mala fe, podríamos tomar esta presentación como ilustración de la clásica distinción sociológica entre las funciones manifiestas y las funciones latentes: la función

manifiesta sería en este caso la discusión del tema del fanatismo a partir de ejemplos actuales como el de la situación iraniana; la función latente, tomar el fanatismo y a Khomeini como pretexto para disparar contra el papa Wojtyla. Bien; eso es lo que creo que en ningún caso debiéramos hacer. Hacerlo merecería un categórico suspenso en sociología. Dejemos, pues, ese uso, a la vez ingenuo e ideológico en el peor sentido de la palabra, de la noción de fanatismo a quien disfrute cazando polacos, o al señor Guerra cuando decide ayudar a los socialistas catalanes a perder las elecciones autonómicas, a base de acusar de fanáticos a sus contrincantes. Y preguntémosnos, en cambio, de qué modo podríamos llegar a entender algo mejor lo que signifique el fenómeno del fanatismo.

Empecemos, si les parece, por ir colocando interrogantes en torno a la doble cuestión de la connotación negativa que hoy acompaña a la noción de fanatismo, y de la supuesta contradicción entre fanatismo y tolerancia.

Ante todo, se puede ser fanático de muchas cosas distintas, fanático a distintos niveles. Así por ejemplo, se puede ser fanático de un cantante como Bob Dylan, o incluso, al parecer, como Julio Iglesias. A mí, sin embargo, (es un suponer) este tipo de fanatismo no me dice nada, me deja indiferente; me siento tan profano en la materia, que me da realmente lo mismo que tengan éxito o no lo tengan. Con tal de que no me obliguen a tener que escucharles, no me molesta en absoluto. Y es que yo soy muy tolerante. También se puede ser fanático del Real Madrid. O del Barcelona. Y aquí - es de nuevo un suponer - ya no soy tan indiferente. No sólo porque deseo que gane el Barcelona cuando se enfrenta al Madrid, o a cualquier otro equipo; es que además deseo que el Madrid pierda, ante el Barcelona y, a ser posible, también ante el Cádiz. De tal forma que me consuela, en vista de que

el Barcelona no gana la Liga, que tampoco la gane el Madrid. En una competición europea, por ejemplo, veo por la televisión un partido entre el Madrid y un equipo extranjero, y prefiero sistemáticamente que gane el equipo extranjero, cualquiera que sea. Tercer supuesto: ante las elecciones catalanas, mi ferviente deseo es que gane el señor Bueno, de Alianza Popular, de quien soy un fanático partidario. Pero no es que aspire a gozar con la derrota de sus contrincantes. Me da igual que los demás saquen más o menos votos, con tal de que mi candidato salga triunfador.

En los tres supuestos interviene el fenómeno del fanatismo. Y sin embargo, las condiciones son distintas, porque distinta es mi forma de situarme ante él. En el primer caso yo me colocaba fuera de aquello que observaba, de donde mi total indiferencia. En los otros dos casos yo mismo era el fanático; en la hipótesis de mi supuesta admiración por el señor Bueno, es tal mi entusiasmo, que todo lo que no sea él me deja frío, indiferente. Mientras que en el supuesto futbolístico mi fanatismo no se limita a la defensa de mis colores, sino que alcanza hasta el deseo de aniquilación del enemigo. En los tres casos, no obstante, es todavía relativamente fácil distanciarse, relativizar, predicar la tolerancia y concluir, en definitiva, que el fanatismo es negativo. Está bien que a uno le guste Bob Dylan, pero el fanatismo ante un cantante es muestra de una falta de madurez. Por supuesto que es tolerable que uno vote al cabeza de lista de Alianza Popular, pero declararse fanático partidario suyo es ciertamente desmesurado. Y en cuanto al exacerbado fanatismo futbolístico, es francamente poco racional.

Vayamos, entonces, a unos ejemplos algo más complicados. Ahí va éste: los miembros de ETA son unos fanáticos; los representantes del pueblo español, opuestos al fanatismo

venga de donde venga, se comportan con gran tolerancia... No; me parece que me he liado. Probemos otro: el intento de golpe de Estado del 23-F, acto propio de unos fanáticos. Claro, como que uno lee Le Monde desde que tiene edad de razón... Pero, ¿y si hubiésemos venido al mundo con El Alcázar bajo el brazo? Por asociación de ideas con el título del periódico, la gesta del general Moscardó, ¿heroísmo o fanatismo? Los kamikazes japoneses, ¿fanáticos o héroes? ¿O acaso héroes precisamente por fanáticos? ¿Es posible que una sociedad que valora la tolerancia, y que por consiguiente dice no poder valorar el fanatismo, no pueda valorar tampoco el heroísmo?

¿O no será tal vez que esa contraposición entre tolerancia y fanatismo es poco correcta? Veamos. A mí, por ejemplo, me parece intolerable que unos individuos puedan irrumpir en un pueblo de Huesca y simular el fusilamiento de dos de sus vecinos. Me parece literalmente intolerable. Y no obstante, no acabo de ver claro que en tal caso el fanático sea yo; tengo más bien la impresión de que es al revés... Dicho de otro modo: la defensa decidida, radical y hasta intransigente - intolerante en definitiva - de unos principios o de unos valores, ¿es necesariamente sinónimo de fanatismo? ¿Es fanatismo la defensa de la paz, de la justicia, de la libertad, o, lo que es lo mismo la intolerancia ante sus contrarios? Y, en el caso de que efectivamente lo fuera, ¿seguiríamos connotando negativamente la noción de fanatismo?

Una fórmula como la de "todo por la patria", ¿es expresión de fanatismo? ¿Denota fanatismo aquella fórmula clásica de la jura de bandera de los reclutas, en la cual se exige de ellos la disposición a defender la patria "hasta la última gota de vuestra sangre"? ¿Seríamos capaces de imaginar una fórmula alternativa - sin duda más impregnada de

tolerancia - que aludiera por ejemplo a la defensa de la patria "siempre que con ello no se haga daño a nadie", es decir, excluyendo la posibilidad de dar muerte al prójimo? Como dice Haynal en su excelente estudio sobre el fanatismo (1) : ¿Qué día el tabú de homicidio llegará a adquirir entre nosotros el grado de evidencia colectiva que ha adquirido el tabú de canibalismo?

Las vinculadas a los nacionalismos, patriotismos, etc., son sin embargo, si es que lo fueren, unas formas de fanatismo que no todo el mundo estaría ya tan dispuesto a connotar negativamente. Pero pasemos ya a preguntarnos por las posibles relaciones entre fanatismo y religión. No que hasta ahora no hayamos hablado de lo religioso; es posible que, aun sin mentarlo, no hayamos estado haciendo otra cosa. Mas se trataría ahora de hacerlo explícitamente: de hablar de lo que es explícita e institucionalmente religioso.

¿Qué hay de particularmente religioso en lo fanático?, nos preguntábamos antes. Los ejemplos de la posible relación entre ambos no faltan, ciertamente. Algunos, bien cómodos de citar. El fanatismo de Khomeini, por supuesto. El fanatismo de la guerra santa, el fanatismo de las Cruzadas (y no sólo de las medievales). El fanatismo de las sectas; el de los inquisidores; el de los flagelantes; el de Calvino. Y tantos otros (2). Parece que las visiones apocalípticas y escatológicas sean concomitantes del fanatismo (los Testigos de Jehová,

(1) André HAYNAL, Miklos MOLNAR, Gérard de PUYMÈGE, Le fanatisme. Histoire et Psychanalyse, Paris, Stock, 1980.

(2) Ver, por ejemplo, Leszek KOLAKOWSKI, Chrétiens sans Eglise, Paris, Gallimard, 1969 (original de 1965), pp. 170-75; también Josef RUDIN, Fanaticism, Notre Dame, Ind., Univ. of Notre Dame Press, 1969 (original alemán de 1965).

como ejemplo cercano a nosotros). Parece que los estados de éxtasis lo sean a menudo también (¿recuerdan el Simón del desierto, de Buñuel?). Pero no nos quedemos sólo con los ejemplos fáciles. Desde nuestra óptica actual, ¿no habrá en la muerte de muchos mártires un fuerte componente de fanatismo? ¿No podría ser que tanto la pasión susceptible de conducir hasta el crimen, como el desinterés susceptible de llegar al sacrificio, fueran síntomas de fanatismo? El escritor catalán recientemente fallecido, Joan Sales, en su extraordinaria novela sobre la guerra civil, Incerta glòria, habla de aquella "gent que fa la impressió de ser tan capaç de sofrir el martiri sota els uns com de fer-lo sofrir sota els altres". Sin duda podríamos aducir todavía ejemplos menos cómodos, por más próximos en el espacio, en el tiempo, y en el afecto. Fíjense, si no, en lo desagradable que puede resultar a nuestros oídos esta afirmación: Alfonso Carlos Comín era un fanático. Y sin embargo, si nos atenemos a la primera acepción de la voz fanático en el diccionario de Casares: "que defiende con apasionamiento creencias u opiniones, especialmente en materia de religión", la afirmación no puede ser más justa. Si, pese a todo, nos sigue resultando desagradable, ¿no será porque se nos aplica a nosotros la segunda acepción de la misma voz, en el mismo diccionario: "que siente gran admiración o afición por una cosa" (o una persona)? Y ciertamente, si Comín fue un fanático, posiblemente haya que empezar a pensar que no siempre está tan feo eso del fanatismo. En otras palabras, convendrá quizás que revisemos nuestro uso peyorativo del término. Si no estamos dispuestos a ello, la lógica nos llevará a la conclusión a la que llegan dos autores por lo demás tan dispares como Raymond Aron y Cioran. Dice el primero, en las frases finales de su El opio de los

intelectuales (1) : "Que se nos enseñe a dudar de los modelos y de las utopías, a rechazar a los profetas de salvación y a los anunciadores de catástrofes. Bienvenidos sean los escépticos si han de extinguir el fanatismo." Y Cioran, muy al comienzo de su Breviario de podredumbre (2) : "(...) Los excesos suscitados por la diosa Razón, por la idea de nación, de clase o de raza, son parientes de los de la Inquisición o la Reforma. (...) (Del fanatismo) no escapan más que los escépticos (o los perezosos y los estetas), porque no proponen nada, porque - verdaderos bienhechores de la humanidad - destruyen los prejuicios y analizan el delirio."

Si, por el contrario, nos vemos con ánimos de revisar nuestra noción vulgar, y estrictamente peyorativa, del fanatismo, volvamos a aquella pregunta anterior: ¿qué hay de particularmente religioso en el fanatismo? Pues miren, por de pronto, la etimología. Como bien saben ustedes, en efecto, el fanático es originalmente el que está en el templo (fanum), el devoto que desde el templo habla. ¿Habla, en qué términos? Vaticinando. Prediciendo lo fatídico, el fatum. Fatum y vates son términos emparentados. Y el vates es el poeta (vate) pero también el profeta (vaticinador). De suerte que si el fanum es el lugar de la profecía, el fanático es el profeta. Si quieren, el poeta y el profeta son fanáticos "de oficio". Porque también el poeta (vates) ejerce un oficio sacerdotal; los lectores de Horacio bien lo saben.

(1) L'opium des intellectuels, Paris, Gallimard, 1968; 1ª ed. de 1955.

(2) Madrid, Taurus, 1972, 2ª ed. de 1977. Versión original: Précis de décomposition, Paris, Gallimard, 1949.

Y ante el fanum, próximo a él pero situado fuera, ¿quién está? El pro-fano. Sólo el profano puede mostrarse indiferente a lo que sucede en el templo, puede prestar oídos sordos a la voz del fanático-poeta-profeta. Sólo en sus labios pro-fanadores puede surgir el grito "Fanático!", haciendo que suene como un insulto. Desde esta perspectiva, pues, no es sólo que el fanatismo sea esencialmente religioso. Es que todo devoto, todo creyente, es necesariamente un fanático, ya sea como oficiante del templo o como receptor de la profecía. Sólo el incrédulo, el descreído, el que tiene vedado el acceso al fanum, es no fanático, es profano. Es también el escéptico, aquel que muy difícilmente se entusiasma. Qué carambola! Si "fanático" es la traducción latina de la palabra griega "entusiasta"! Entusiasta (de enthous, entheos) es en cierto modo el "endiosado", no en el sentido de "engreído" sino en el otro, igualmente admitido por el diccionario, de "extasiado". Entusiasmo es, según el Casares, el "furor de las sibilas al dar sus oráculos" (del fanático al vaticinar); es la "inspiración divina de los profetas"; "inspiración arrebatada del escritor o del artista"; "exaltación y fogosidad del ánimo producida por la admiración"; y, por último, "adhesión fervorosa". Si comparamos las acepciones de ambos vocablos en el diccionario, observaremos que no sólo son prácticamente sinónimos, sino que incluso el término "entusiasmo" aparece más cargado de connotaciones que el término "fanatismo". Y sin embargo, si hubiese surgido la propuesta de organizar un Foro en torno al tema del "entusiasmo religioso", probablemente hubiese interesado menos o al menos habría interesado por razones distintas que el tema del "fanatismo religioso". Y si yo hubiese dicho hace unos momentos que Comín era un entusiasta, nadie hubiese visto perturbada su plácida siesta. ¿Qué ha sucedido, pues, para que dos términos inicialmente tan próximos como "entusiasmo"

y "fanatismo" se separaran hasta el punto de acabar cargados, en nuestro lenguaje habitual, de connotaciones tan distintas, cuando no contrapuestas? En buena parte se lo debemos, al parecer, a la Ilustración, a la Encyclopédie y a Voltaire. Con ellos el fanatismo se convierte en concepto para designar el oscurantismo irracional, la superstición religiosa, el celo agresivo que ésta suscita. [Celo: otra palabra interesante en nuestro contexto; zelotés designa, en el Nuevo Testamento, a los celosos de Dios (Act. 22,3), ávidos de los dones del Espíritu (1^o Cor. 14,12), apasionados por las buenas obras (Tt. 2, 14). Y Simón el Celador, o el Zelota, uno de los Doce, aparece en algunas versiones traducido como Simón el Fanático (Mt. 10,4, Mc. 3,18, Lc. 6,15; Act. 1,13).] (1)

Pero si de la Ilustración, de la Encyclopédie y de Voltaire arranca la que se convertirá en nuestra noción actual de fanatismo, de ellos arrancan también las múltiples ambigüedades a las que dicha noción se presta. Algunas de estas ambigüedades han ido quedando apuntadas o insinuadas a lo largo de mi exposición. Soy tan consciente como ustedes de que todas ellas han quedado como cabos sueltos, que habría que recoger. Y eso es lo que podríamos tratar de hacer antes de terminar. Con una condición, no obstante; y es que no pretendan esperar de mí que al recoger estos cabos los junte todos, y los deje bien atados, con nudo y doble lazo. Recoger los cabos sueltos consistirá aquí en hacerlos emerger nuevamente, de forma algo más sistemática quizás en el mejor de los casos, con el fin de que nos ayuden a plantear una última serie de interrogantes en torno a la cuestión del fanatismo.

(1) Debo estas observaciones, claramente situadas en un terreno en el que mi analfabetismo es notorio, a un bibliista excelente, Xavier Moll.

Ambigüedad (o grupo de ambigüedades) número uno, propiciada muy directamente por Voltaire y compañía: la contraposición entre fanatismo y tolerancia. Y digo bien, ambigüedad, por cuanto en parte sí es cierto que se contraponen. Pero en parte sólo. Pero en parte no, porque fanatismo y tolerancia se sitúan a dos niveles distintos. ¿Y eso, ahora, cómo lo explico? Se puede ser fanático desde el poder, desde la sumisión al poder, y desde la revuelta contra el poder. Pero tolerante, en cambio, no. El discurso de la tolerancia es un discurso posible sólo desde el poder. ¿Acaso Marx podía escribir el Manifiesto predicando la tolerancia? ¿Podía ser tolerante, en sus inicios, la secta judaica que conocemos por el nombre de cristianismo? Como dice Mircea Eliade (Vol. II de su Historia de las ideas y las creencias religiosas, p. 358), si el cristianismo no se diluyó entre las religiones politeístas del Imperio, fue precisamente en razón de su "intransigencia fanática". Por decirlo así, se puede ser tanto más tolerante cuanto más tolerable es la situación en que uno se halla. La tolerancia, repito, es un discurso hecho desde el poder. Los padres son tolerantes para con sus hijos; los hijos empiezan a mostrarse tolerantes para con sus padres cuando éstos, ya viejecitos, son como niños: es decir, han perdido su antigua posición de poder. En pleno franquismo, el Fuero de los Españoles, tras proclamar que la religión católica era la oficial del Estado, consagraba para los llamados cultos no católicos una situación de tolerancia. ¿Se sorprenden ustedes de que los protestantes españoles consideraran esa tolerancia como una vejación, como algo intolerable? Probablemente no. Pero, ¿se sorprenderían ustedes si yo les dijera que considero otra vejación el hecho de que un castellanoparlante tenga plenamente reconocido el derecho de hablar su lengua en Cataluña, y yo no pueda hablar la mía aquí? Probablemente sí se sorprenderían. Y sin embargo, es lo mismo. "No hombre, no! Qué va a ser lo mismo! Por Dios, qué fanático eres,

estrechamente vinculado a la mística. Knox (ojo! no se trata del reformador escocés), en un libro que por cierto se titula Enthusiasm, hace un estudio del tema de la indiferencia en los místicos, en San Juan de la Cruz, en San Francisco de Sales, en el Quietismo. (1). El tema del abandono y de la indiferencia está presente desde los orígenes de la vida monástica a los grandes místicos y hasta Charles de Foucauld, por ejemplo ("Desde que creí que Dios existía, comprendí que no podía hacer otra cosa que vivir exclusivamente para él."). En La Etica protestante y el espíritu del capitalismo, y en el capítulo dedicado a la sociología de la religión de Economía y sociedad, Weber subraya la indiferencia paulina y luterana ante el mundo ("que el que nació esclavo siga siendo esclavo"; "que cada uno se mantenga en el estado en que Dios le puso"; 1 Cor. 7), en contraste con la actitud puritana. El ascetismo intramundano se preocupa por el mundo, por mejorarlo; en el luteranismo, en cambio (y, caso extremo, en el hinduismo, cf. Die Wirtschaftsethik der Weltreligionen), el perfeccionamiento del orden del mundo es un adiáphoron, es indiferente. Lean, o releen, La ética protestante... de Weber. Es una joya! (2) Así pues, la indiferencia a las cosas de este mundo, o la indiferencia a las cosas del otro mundo, dependerá de la visión que tengamos del siglo,

(1) R.A. KNOX, Enthusiasm, Oxford, Oxford University Press, 1950, 7ª ed. 1977.

(2) Pero no la lean en la edición castellana de Península. La mitad de las cosas están al revés. Si no la quieren leer en alemán, tomen la nueva edición de Taurus. O mejor aun, sigan mi consejo de fanático: léanla en catalán. Es la mejor traducción de todas. La hice yo! También sobre la cuestión de la tolerancia ver, en la obra de Weber, la larga nota 115 de las pp. ~~115-116~~ (de la edición catalana).
183-184

al mismo tiempo, de cuál es mi templo, y de cuáles los dioses de quienes soy devoto. La diosa de la Razón, por ejemplo, y el templo del Estado, por ejemplo. Pero en seguida hablaremos de eso. Sigamos con la indiferencia.

Cuando hoy hablamos de indiferencia en el ámbito religioso, damos por supuesto que se trata de una indiferencia por la religión, o por las cosas del otro mundo. Pero ello no ha sido siempre así. Al contrario: hace bastante poco